

dos interrogaciones: ¿Es que todos los hombres tendrán ya derecho á afrentarme así? ¿Es que no podré ser honrada nunca más? Ideas de muerte empañaban su razón, é instintivamente pensó en ir al Viaducto para acabar de un salto el infortunio de su vida... Rendida por la carrera se detuvo; estaba ya sola. Su resolución de morir manteníase, pero el frío y la fatiga dieron á su espíritu un lapso de calma, y el recuerdo de su padre se insinuó en su mente. Anduvo aún largo rato; sin darse cuenta se encontró frente al portal de su casa, y subió. Don Emilio había ya regresado, y le habló con vaguedad de una gran sesión de espiritismo fallida. ¡Ya ni siquiera tenía la protección de su padre! La idea concreta del suicidio era ahora para Luisa cual una puerta hacia la paz. Aquella noche sería la última: diría adiós al anciano, no tendría necesidad de confesar su falta, y al día siguiente... No, el Viaducto, no: era mucho mejor un veneno.

Y esa noche, de súbito, en medio del insomnio, sintió dentro de su vientre un latido, un latido tan lleno de significaciones, que fué á suscitar ecos en todos los ámbitos de su conciencia. Er como si el corazón hubiera cambiado de lugar, y allí, en su vientre, el misterio de una vida nueva impusiese á la vida que le daba existencia, el deber de un supremo holocausto. ¡Era su hijo! Y esta pala-

bra mágica, borrando todo propósito de muerte, explanaba perspectivas que un minuto antes hubiera creído inverosímiles... ¡Era su hijo, el hijo de Felipe... el hijo de su amor que venía á salvarla! La contracción inconsciente de un ser sin vida real aún, tenía el poder de cambiar su destino. Luisa estuvo despierta muchas horas, alerta á aquel aviso que surgiendo en sus entrañas, le gritaba: "¡Es preciso vivir!"; mas el latido no se repitió... Veía ya al niño, rosado, gemebundo, y como si en vez de nacer para la miseria lo aguardasen pródigas hadas, al pensar en él pensaba en el término de toda desventura. Al día siguiente se levantó ágil. Parecíale que el parto iba á sobrevenir de un momento á otro, que era preciso disponerlo todo en seguida. Cien decisiones se burlaban de su anterior timidez y cien actividades se ponían al servicio de ellas. Lo que antes juzgó vejaminoso, lo estimó ahora legítimo: fué al Banco y cobró los cheques enviados por Felipe. Luego ocurriósele la idea de que necesitaba ponerse para siempre á salvo de don Santiago, y recordando sus palabras enigmáticas de la noche anterior dedicóse á averiguar quién era... ¿Cómo no se le había ocurrido eso antes? El conserje del teatro se rió á carcajadas al oír su pregunta, y para mejor responder le enseñó un periódico del día que publicaba retratos "del

nuevo ministerio". Allí estaba don Santiago con sus ojos bovinos, con su gabán de pieles, y con aquella diestra gordezuela y aviesa sosteniendo la cabeza, tal vez harto pesada á causa de los pensamientos. Desde las doce del día era ministro de Instrucción Pública, y ante esta oportuna paradoja del destino, Luisa, que en otra ocasión hubiera llorado, tuvo fuerza para sonreír. Y es que tenía la alegría suprema: la que no viene de afuera, la que nace dentro de nosotros, como una rosa.

El mismo conserje le llevó al Ministerio una cartita advirtiéndole que si osaba importunarla otra vez, que si hacía la menor gestión para acercarse á ella ó á su padre, un periodista republicano amigo suyo se encargaría de decir bien claro, donde lo oyera todo el mundo, la clase de hombre que era el "ilustre político á quien desde hacía tanto tiempo necesitaba el ministerio de Instrucción Pública". Esta idea la hizo sonreír; estaba segura de haber hallado la solución... Después de darle una buena propina al mandadero, fué hacia su casa y en una tienda se detuvo á comprar golosinas para don Emilio. Iba despacio, recreándose. La transparencia de la luz matinal, el andar confiado y regalado de las gentes, las flores que se desbordaban en los cestillos de las vendedoras, la atracción de los escaparates, todo era en aquella mañana de sol como un cántico de

renacimiento que iba á despertar ansias tan profundamente dormidas en su espíritu, que creía que estaban muertas ya. Estaba seriamente contenta, estaba transformada; la misma portera se lo notó al entrar, y le dijo:

—Así me gusta verla, Luisa. Parece *usted* hoy otra.

Luisa sonrió y comenzó á subir la escalera sin premura, "por si acaso le hacía mal al niño". Y de buena gana hubiera querido responder:

—¿Que parezco otra, señora Águeda?... No es que lo parezco, es que lo soy.

VIII

Por la tarde llegaron don Emilio y Semprún y, como de costumbre, se abstraieron en una conversación complicada. Si uno citaba á Schiapanelli, á Nuggins, á Wallace, á Sir Oliver Lodge ó á Zöllner, el otro le oponía un aluvión de nombres no menos ilustres, y á cada rato la autoridad del boletín de la *Society for Psychical Research* y la veracidad de los casos narrados en *Phantasms of the living* eran combatidos por el poeta con un racionalismo á la vez grosero é ingenioso... Luisa les escuchaba predispuesta, sin saber por qué, á la benevolencia; por primera vez oía hablar de esas cosas sin miedo y sin aquella repugnancia de su alma que era el perfume del lirio de su optimismo juvenil, casi marchito ya por las adversidades. Aunque no comprendía bien, y á veces su atención, reclamada por personales preocupaciones, escapábase, advirtió que Semprún iba mucho más lejos que su padre, aunque sus creencias tenían un alcance menos consolador. Semprún era mago y don Emilio

era modestamente espiritista; éste era el matiz que Luisa no podía percibir. Como por primera vez atendía á estas disquisiciones, le pareció que tenían las de aquella tarde un carácter excepcional. El poeta, no contento con exponer y desmenuzar las ideas de un sin fin de sabios de hoy, remontóse y habló de la vida de Augusto escrita por Suetonio, de un libro de Diodoro de Sicilia, y de sueños y alucinaciones citados por Cicerón y Valerio Máximo; ante tal erudición, don Emilio apenas si hablaba del magneto, de los rosa-cruz y de los cuerpos estelares, astrales ó flúidos; mas también en esas cosas estaba versado su contradictor que, satisfecho de la estupefacción de Luisa, enarzó un discurso sobre los incubos, súcubos y larvas, explicó fórmulas cabalísticas, ensalmos, conjuros, definió en términos concretos una cosa tan abstracta como el periespíritu ó *psicodo*, y hasta llegó á hablar de la misa negra... Luisa tuvo miedo; las palabras de Semprún abrían ante su imaginación horizontes de horror y de precipicio insospechados por su inocencia. Había deseado toda la tarde que la conversación se prolongase, porque se prometió á sí misma decir á don Emilio la verdad de su estado en cuanto se marchara Semprún; pero como sus creencias se limitaban al catecismo de Ripalda y le constaba que el demonio es un hombre-

cito de bigotes sutiles, vestido con un traje muy estrecho y envuelto á veces en llamas sulfúreas, aquellas teorías de Semprún le parecieron peligrosas. Felizmente la discusión iba declinando; ambos se fatigaban; era ya tarde, y los estómagos iniciaban su predominio sobre las ideas. Cuando las andanzas sobrenaturales dieron fin en una explicación harto brumosa del sucubato, dada por Semprún, Luisa acababa de hacer á Nuestra Señora de los Desamparados esta promesa: "¡Virgen mía, si papá no sufre demasiado al saberlo, te prometo no gritar en el parto!"

Concluída la cena, Luisa reunió todas sus energías y se dispuso á arrostrar el momento temido. ¿Cuál iba á ser la actitud de su padre al conocer su estado? Le era difícil imaginárselo furioso; temía ese dolor mudo que oprime el ánimo y esa magnanimidad despreciativa ó impotente que acrece la culpa ante la propia conciencia del culpable. Influida por la costumbre del teatro, Luisa había hecho muchas veces una especie de ensayo de la escena y, con sorpresa, ninguna de las frases pensadas acudieron á sus labios en el momento de la confesión. Sólo una de sus preocupaciones pudo mantener: la de olvidar al hijo que la víspera había sentido en sus entrañas, para que el júbilo maternal no fuera tomado por impudicia. Empezó balbuciente y, poco á poco,

á medida que iba recapitulando sus dolores y viéndolos repercutir en el rostro del anciano, su voz adquirió el ritmo patético que pone el alma en las palabras que dejan un vacío en ella. No dijo nombre alguno; parecía que era suya toda la falta, y se acusó con rudeza, despiadadamente. En aquel instante hubiese deseado oír denuestos, reproches; ver la indignación de don Emilio traducirse en el castigo material que nunca había recibido su cuerpo; pero él escuchaba en silencio, inmóvil. Lo más espinoso de la confidencia estaba ya dicho, y en una congoja las fuerzas le faltaron y la voz se veló, se entrecortó hasta convertirse en sollozos. Él apuró íntegra la copa de su pena sin tratar de buscarle una válvula de templanza. ¿Para qué? ¿Acaso las invectivas no irían á envenenar una herida que era más piadoso curar? El pobre anciano conocía harto bien la fuerza de lo irremediable, y en aquel momento de prueba tuvo la intuición de que una cosa perdida en un minuto de debilidad no debía anular toda una vida de adhesión y de domésticas heroicidades... Ni una nube de cólera nubló su sufrimiento. Estaban desde hacía tantos años tan habituados á compartir los sentimientos, que al ver en el alma de Luisa ternura y aflicción, sólo ternura y aflicción pudo sentir la suya. La luz tranquila de la lámpara, al parpadear, proyectó sobre el muro

calizo sus siluetas, encorvadas por el sufrimiento. Largo rato después de sus últimas frases, hondo silencio mediaba aún entre ambos. Luisa espiaba en los labios de su padre, la pregunta que tanto tardaba en surgir, la pregunta que tal vez atrajo su ansiedad:

—¿Y quién es? Dímelo.

—No, papá.

—Sí, dímelo, dímelo... Comprende que tengo que saberlo.

—No... digo, sí; pero hoy no, papá... Déjame reposar unos días de este momento... Hablaremos después y lo sabrás todo; hoy no; sería demasiado sufrir de un solo golpe.

—¡Pobre hija mial

Como había sepultado entre los brazos la cabeza, en un ademán de desesperanza, don Emilio se la hizo erguir, y la miró al fondo de los ojos. Luego puso levemente sus manos sobre el pelo, las dejó resbalar á lo largo de las crenchas, por las mejillas, y al fin la doble caricia se fué á desmayar sobre los hombros... Luisa tuvo frío; aquella caricia removía en su ser un recuerdo confuso. Ella había sido ya acariciada así. Lo que tantas razones de su padre y tantas demostraciones de Semprún no le habían hecho creer, hacíalo creíble ahora la impresión de aquellas dos manos. ¡Ella había sido ya acariciada así!... Tal vez tuvieran razón y fuese permitido á los muertos comu-

nicarse con los que amaron en la tierra... Sí; aquélla era una caricia maternal... Y Luisa, tratando en vano de fijar la fugitiva remembranza, recordó el puro sabor de otras caricias que hacía mucho tiempo, no sabía en dónde, habían dirigido y mimado sus primeros pasos por el mundo.

Pocos días después mudaron de casa, cuidando de dejar bien oculta la vida anterior, para que los nuevos vecinos no descubriesen la verdad. Luisa dijo que era recién casada y que su marido se había visto obligado á emprender viaje á América. El dinero, administrado con inteligente parsimonia, obraba milagros. Transcurría el tiempo, y la explicación complementaria no llegaba, ni don Emilio la exigía tampoco. Con su maravillosa facultad de recoger en las cosas corrientes elementos sobrenaturales, dijo un día á Luisa que "ella" lo sabía ya también y le había encargado cuidar del nieto, ser los dos abuelos á la vez. Estimulada por este socorro, Luisa recobró su actividad, y bajo sus manos las telas se convertían en faldellines, en camisolas, en baberos. Compró franelas y un hule que serviría, después del parto, para evitar que se mojase el colchoncito. La cuna era lo único que faltaba y salieron una mañana á comprarla juntos.

Don Emilio hubiese querido comprarla nue-

va, pero Luisa arguyó que era preciso economizar y que, con industria, una cunita vieja quedaría preciosa. En la calle de Embajadores se anunciaba un saldo de camas; no hallaron nada conveniente allí y se fueron á una prendería de la plaza del Progreso. Había varias cunas y hubo que elegir. Los ojos de don Emilio no se apartaban de una, casi nueva, con balaustrada y armazón para colocar el mosquitero. Costaba treinta y cinco pesetas, y Luisa aseguró que "no podía ser". Don Emilio salió descorazonado á la calle, diciéndole: "Te espero en la acera; elige tú, elige tú..." Y ella eligió otra más humilde, que ya empezaba á carcomerse, encargando que se la mandasen en seguida. Al salir, viendo el gesto inconforme de don Emilio, le dijo:

—Mira: tú te das una vuelta, te vas á la Biblioteca hasta la tarde si quieres, y vuelves cuando ya esté la cuna arreglada; ya verás...

Compró un tarro de pintura blanca, de esmalte, y en otra tienda hizo provisión de gasas y cintas. Al llegar á casa ya la cuna estaba allí y pudo empezar en seguida el trabajo. Bajo el pincel la cuna se transformaba, adquiría un aspecto limpio y risueño. ¡Ya vería su padre! Tan pronto empinada sobre las puntas de los pies, como echada en el suelo, para no dejar el menor hueco por pintar, Luisa pasó la hora más feliz de su vida. Luego, mientras

la pintura se secaba entre dos puertas, en una corriente de aire, hilvanó el mosquitero, cogió dos alforcitas al colchón, para que cupiese, y puso á las almohaditas fundas. Cuatro horas después, sin que la pintura estuviese bien seca aún, con mil precauciones, la cuna ocupaba un rincón de la alcoba, toda blanca, toda fragante, casi leve, como un nido que espera.

Al sentir Luisa la campanilla de la puerta, el corazón se le sobresaltó. Antes de abrir fué á coger los dos lazos de cinta que tenía preparados, y entornó la puerta de la alcoba para que el efecto fuera mayor. Don Emilio, por costumbre, iba á entrar sin detenerse en el pasillo.

—No pases, no pases; ha de ser desde aquí.

Se detuvieron en el dintel, y Luisa empujó la puerta de pronto. La emoción fué tan grande, que ninguno pudo hablar, y se abrazaron en silencio. Con su rostro risueño, á pesar de las lágrimas, Luisa le explicaba:

—Si es varón, le pondremos este lazo, el azul; y si es hembra, este otro, el rosa.

De pronto, don Emilio interrogó:

—¿Y qué nombre le vamos á poner?

—El mismo, si es niña que si es niño—dijo ella vivamente.

—¿Cuál?

—El mismo... Felipe.

—Bien, bien...

Cenaron de prisa y se acostaron. Luisa sentía que su padre estaba despierto. Ya muy tarde, como si también don Emilio supiese que ella estaba en vela, le preguntó:

—Fué Felipe Blanco, ¿verdad?

No obtuvo respuesta, y al cabo de un momento siguió hablando:

—Ha sido él, sí; pero podemos hacer que nos pague el daño. Creyó que, porque yo era viejo, no podría vengarte; sí, sí... Creyó que con poner tierra y mar por medio estaba todo hecho... ¡Peste para él, lepra para él, duelo y podredumbre constantes caerán sobre él, hijal Semprún me ha dicho que en un infolio de magia, que él conoce, están los medios de mandar desde lejos, por medio de un espíritu volante ó larva, todo el mal de este mundo... ¡Ya verá ese malvado! Mañana le infiltraremos desde aquí una enfermedad que le dé pesadillas, que le envenene la sangre lentamente y le corroa los huesos... ¿Quiéres?... Mañana mismo...

—¡Oh, no, papá... papá!

—Pero, ¿es que lo perdonas? ¿Es que serás capaz de quererlo aún?

En la oscuridad de la alcoba, sólo un gemido doloroso le respondió.

IX

El día 9 de Diciembre de 1913, el ujier de servicio, viendo al señor Ministro muy nervioso, se atrevió á decirle:

—En cuanto ese caballero venga, se le hará pasar por la otra escalera de servicio. Descuide su excelencia, que no lo verá nadie.

Entre la lectura de dos proyectos de ley, don Santiago pensó por primera vez, con sorpresa, en aquella duplicidad de su vida, para unos sería útil, y para otros pocos—pocos por fortuna—ridícula y concupiscente. ¿Cuántas vidas habría así? ¿Le pasaría algo semejante al Presidente del Consejo ó al Ministro de la Guerra, que razonaba á puñetazos sobre el pupitre? En más de una ocasión había decidido cortar aquella aventura de baldón grotesco, pero no tenía fuerzas. Su deseo triunfaba de su voluntad.

Poco después, por entre dos tapices que se juntaban disimulando una puerta, apareció una cabeza, un hombro, un busto... y no fué necesario que los tapices se desuniesen mucho

más, para que el hombre completo pudiera penetrar holgadamente. Ya en la habitación, hizo una reverencia ante un gran retrato del Rey, otra ante su ministro de Instrucción Pública y se dispuso á disculparse:

—Francamente, si yo...

Pero la voz autoritaria de don Santiago tronchó su discurso:

—No quiero oír explicaciones, ni perder tiempo; unas cuantas palabras van á bastarnos. Usted me sacó con amenazas de calumniarme cerca de mi mujer, mil pesetas á condición de no volver á presentarse nunca delante de mí. Ahora viene usted; bien... No, no diga nada, es mejor. En su carta me insinúa la misma amenaza de antes y además la de fundar un periódico de escándalo y tergiversar ante la opinión mi interés por una muchacha que he perdido hace tiempo de vista y á la cual tuve la tontería de creer actriz, como á usted inventor; eso es. Con su carta de *chantage* puedo hacer que lo prendan; una sola palabra mía y no saldría usted de aquí, y... no digo esa palabra á pesar de todo, ya ve usted. Me parece que soy considerado, que sé disculpar; así que atienda bien mi última proposición, que más que proposición es un dilema: ¿Quiere usted que lo mande á una cárcel para que pueda meditar con calma en sus inventos, ó prefiere una credencial

cómoda y bien retribuida en Fernando Póo?

El Huesos se alisó con la mano esquelética la calva antes de responder:

—Ya se ve... No es difícil elegir; francamente... Lo último.

—Pues venga mañana. El martes próximo sale un barco. Ni una palabra más... Salga por aquí.

Y al día siguiente, don Santiago, fiel á un viejo sistema colonizador español, entregó á don Manuel Ruiz y Puente, credencial, pasaporte y viáticos para el viaje.

Mientras tanto, la adversidad, acaso distraída en otros hogares, dejaba un paréntesis de dicha en las vidas de Luisa y don Emilio. El niño nació á comienzos de Octubre, y á pesar de contrarios consejos, Luisa no quiso confiar á nadie el cuidado de su crianza; le parecía que sería menos su madre al dejarlo amamantar por otra. Poco á poco el nene engordaba, se sonrosaba, perdiendo el tinte amoratado de los primeros días. Sus miembros, al principio deformes, iban armonizándose y al mes la sonrisa, flor de comprensión, entreabría ya sus labios. Cada uno de sus descubrimientos en sí mismo y en derredor, era motivo de comentarios jubilosos: "¿Sabe usted que ayer tendió sus manecitas al verme el pecho?" "¿Sabe usted que ya sigue con la mirada los objetos que brillan? Va á ser muy listo, muy listo;

tiene á quien salir"... A Luisa le acontecía lo que á todos los padres: no habiendo observado nunca tan de cerca otros niños, aquella conquista, aquella invención de la vida, antojábasele prodigio exclusivo de su hijo. Y en tanto que ella decía con timidez que Felipe era el vivo retrato de su padre, don Emilio, inclinado largos ratos sobre la cuna, veía rediviva en los ojuelos del niño aquella mirada de mujer que, al apagarse para siempre, dejó nublada su razón... El reloj contaba de prisa horas alegres. En los medios días soleados llevaban al nene á la plaza de la Armería ó á la Moncloa. Luisa se sentía tan feliz, que le daba miedo, y á veces, sin peligro aparente, apretaba el niño contra su regazo, con el ademán de defenderlo de un raptor.

Y el rapto llegó; la segadora incomprendible que á veces desdeña las espigas maduras y malogra florecillas tempranas, afilaba su guadaña en la sombra. Un día los vecinos supieron que el niño estaba enfermo. Aquel niño tan robusto que, según todos, "parecía un rollito de manteca", se demacraba, se consumía. Primero fué una gástrica causada, según el médico, por haber mezclado sopas y otros alimentos con la leche. Además, la leche de la madre era mala... ¿Qué otra cosa que anemia ó tuberculosis había de producir su mísera naturaleza? Durante tres días el niño estuvo

con fiebre de cuarenta grados y vómitos violentos. Luisa y don Emilio pasaron una semana entera junto á la cuna, sin rendirse á la fatiga. Cada vez que llegaba el doctor, Luisa quería descubrir en sus ojos la verdad, y ante su rostro impenetrable, imploraba al Cielo: "¡Dios mío, déjame! mira que es lo único que te pido! ¡Virgen de los Desamparados, recuerda que cumplí la promesa y sufrí los dolores tremendos del parto sin quejarme ni siquiera una vez!" Al cuarto día sobrevinieron ataques de eclampsia y al ceder, las pupilas quedaron dilatadas y la mirada de uno de los ojos se torció. Consternada, enloquecida, Luisa quiso que viniera otro médico, otros, los mejores de Madrid. Y la mañana de la consulta, detrás de un biombo, los oyó hablar en su jerga, adivinando con su instinto de madre lo que no lograba entender.

—Tuberculosis meníngea, claro.

—Ya ven ustedes; ni el cloral, ni el bromuro, ni las bolsas de hielo, nada responde.

—Intentaremos el suero y la punción lumbar.

—Es lo único que queda.

Y la intentaron y fué vana. Siguieron dos días aciagos. El niño tenía frecuentes convulsiones, y exhalaba de tiempo en tiempo un gemido agudo, que penetraba el sentimiento igual que penetra un arma mal acerada en la

carne, desgarrándola. El brazo y la pierna izquierdos enrojecieron y á las pocas horas se quedaron inertes; las pupilas no tardaron en tornarse fijas y sin luz. Era la parálisis, la muerte fragmentaria. Una vecina vieja puso sus manos sobre la cabecita y sentenció:

—Ya se le ha hinchado la mollera: no hay remedio.

Aunque habló en voz baja, el oído maternal oyó el augurio. ¡No había remedio! ¡No había remedio! En una convulsión el corazoncito dejó de latir, un suspiro agitó los labios y la muerte dejó impresa en la inocente cara un gesto de dolor. Los esfuerzos de las vecinas no lograron dulcificar la contracción del rostro ni cerrar aquellos ojitos, que persistían en entreabrirse, como si no hubiesen tenido tiempo de ver bien el panorama de la vida.

Y el reloj volvió á contar con lentitud las horas. Los actores de "El Dorado", enterados por la señora Moral, enviaron dos coronas y pretendieron costear el entierro; Luisa se opuso. Entre los cuatro cirios humeantes la cajita desaparecía casi bajo las flores. Don Emilio, inconsciente, vagaba por la casa entrando y saliendo en las habitaciones sin objeto. ¡Toda aquella afrenta, todo aquel dolor, toda aquella clara esperanza de su hija habían sido estériles! Antes de cerrar el ataúd Luisa mulló la almohadita, cual si aún la pobre cabeza estuviera

dolorida y fuera sensible á sus cuidados; hubiera querido ponerle de almohada su propio corazón... Y al verlo salir cayó exánime y así estuvo varios días. Las vecinas pagaron las cuentas sin regatear, y bien pronto hubo que recurrir á los empeños, á las ventas. "Que vendan todo menos la cuna", decía Luisa. Y nadie se quedó sin cobrar. El último dinero fué invertido en dos cablegramas á Felipe Blanco: en el primero se le preparaba para la noticia que le había de llevar con brusca concisión el segundo. Á los pocos días, como si en su dolor subsistieran involuntariamente los hábitos de orden, Luisa hizo sus preparativos y se mudó á otra buhardilla más humilde. Don Emilio salía por las tardes, y al volver la encontraba sentada en el mismo sitio, casi en la misma postura. Hacía frío y sólo los cortinajes negros, restos de la instalación ideada por don Santiago, los abrigaban, pues las mantas yacían inútiles, salpicadas de bolas de alcanfor, en los estantes del Monte de Piedad... Fatigado de pasear, sin rumbo, don Emilio fué una tarde al café, donde Semprún lo recibió sin sorpresa, igual que si sólo hubiera dejado de verlo el día anterior; desde entonces fué todas las tardes. Allí, en la tibia penumbra de la sala de billar pasaba las horas viéndole ganar los partidos gratuitos y perder los otros. Luego hablaban sobre el tema predilecto y las creencias de don

Emilio, favorecidas por el nuevo dolor, se exacerbaban. Una tarde brumosa Semprún lo llamó aparte, y con la misma sencillez con que le habría declarado que se había hecho maurista, le dijo que se había hecho westervunguiano y que su alma, dejando muy atrás el sombrío *anufa*, lindaba ya con las últimas fronteras del *abred* y entraría muy pronto—en unos doscientos ó trescientos años á lo más—en el inefable círculo del *grynfid*. Don Emilio se alegró mucho de tales venturas, y para celebrarlas cumplidamente lo convidó á café con media tostada... Cuando se separaron, don Emilio se fué henchido de esperanza, y aquella noche Luisa le oyó, como antes, hablar en la oscuridad con seres invisibles. Al oírlo tembló, y una ola de ternura la agitó toda. Ya no hablaba solo con *ella*, sino también con *él*, con su hijito, con el hijito de su triste amor, que tan poco había podido dormir sobre su regazo y que ahora estaría aterido bajo la tierra... De los labios del anciano salían frases mimosas: "Mi muñeco, mi nietecito". Y Luisa no tuvo miedo como antaño; ahora no tenía ante sí toda la vida, ahora no le repugnaba creer que todo ideal pudiera haberse quedado detrás de ella y venir de los muertos.

Y por eso le preguntó en voz baja:

—¿Hablas con ellos, papá?

—Sí, hija... Míralos... *él* te besa y *ella* sonríe...

Tiéndele los brazos... ¿Verdad que ya crees?

Y como creer era hacer su pérdida menos absoluta, y como su alma estaba necesitada de abrevarse en una fuente de consuelo, Luisa creyó.

En vez de aprovechar las contingencias de la vida exterior para facilitar el olvido, ambos se aferraban á su pena avariciosamente; los días eran arduos, porque la luz es refractaria á las quimeras; pero por las noches la familia se completaba por virtud de la fe, y un nimbo de conformidad los envolvía á todos. ¡Si hubiera sido posible borrar los días! Mas era necesario para llegar á la sombra acogedora y propicia de las noches, pasar los días, los días ruidosos, los días llenos de dispersión y de luz, los días en que era necesario, aunque sólo fuera una vez sola, dar sustento al cuerpo, á aquellos cuerpos que casi no servían más que de prisión á sus almas ávidas de espacio. Y ese sustento, aun siendo tan parco, costaba dinero y ya nada quedaba por vender. Semprún, experto en ventas de libros viejos, sacó de unas cuantas obras, que Luisa había creído invendibles, bastante para vivir una semana... Luego no quedó nada, nada... y vino el hambre. Buscando en los rincones una tarde, Luisa encontró el viejo bastidor de bordar, que semejava un ojo vacío, y dió un significado imperativo al hallazgo. Aguardó á que cayera la no-

che, y, sin advertir á su padre, salió y fué á la tienda adonde tantas veces había ido. Tenía miedo al entrar de que la interrogasen, de que le guardasen rencor por haberlos dejado sin despedirse, de que no le dieran labor; pero la dueña la recibió amable:

—¡Gracias á Dios, hijal! ¿Qué le ha pasado? ¡Tanto tiempo sin verla!... Hemos pensado mucho en usted.

—He estado enferma, señora; perdóneme... ¿Tendrá usted bordado para mí?

—Para usted siempre hay... Precisamente acaban de llegar quince camisas de esas que no se le pueden encargar á cualquiera. Se las iba á dar á otra, pero puesto que ha venido usted... Las necesito para el jueves.

Luisa las plegó cuidadosamente y salió. Ya en la calle, oprimiendo contra su seno el paquete de ropa, se puso á recordar la primera vez que había ido á aquella tienda donde por unas pocas monedas le habían quitado tantas horas de su juventud y tanta vista de sus ojos; luego pensó en otra noche, en la anterior al día de su entrada en el teatro, cuando al entregar el bordado creyó que no volvería á entrar allí nunca más... Y su vida se le apareció como uno de esos complicados laberintos en los cuales, después de dar vueltas y vueltas, nos encontramos otra vez en el mismo punto de partida,

LA PIEL